

verse á anticiparse á las órdenes de Napoleón, declaró á Mr. de Basano que no debían contarle entre el número de los colaboradores de la obra que se preparaba, con demasiada ligereza según su parecer. Los jóvenes generales, muy descontentos, respondieron que sabrían pasar sin él, y sin más detención partieron para emprender sin su ilustre jefe la aventura que proyectaban desde hacía tanto tiempo.

Mientras que los enemigos de la casa de Borbón empleaban la actividad y la audacia que de suyo les eran peculiares, los Borbones mismos, asediados de consejos contradictorios, continuaban titubeando entre las resoluciones propuestas, y se limitaban á tomar algunas medidas militares que sólo podían ser eficaces contando con la fidelidad del ejército. Ya hemos dicho que el duque de Berry, destinado al principio á dirigirse al Franco-Condado, debía permanecer en París al lado del rey, y que el mariscal Ney había sido encargado de ir solo á Besanzón. Este mariscal, avisado por el telégrafo, supo con mucho sentimiento la noticia del suceso que abría de nuevo á Napoleón el camino del trono. Menos culpable para su antiguo emperador por las culpas que había cometido que por las que se había vanagloriado de cometer, no deseaba volver á hallarse á su alcance; pero es preciso decir en honra suya que, con su buen criterio de soldado, columbraba como cierta y necesariamente funesta una nueva guerra contra la Europa, si se restablecía el imperio. Sus motivos para ver con terror y hasta con cólera la vuelta de Napoleón no eran, pues, menos patrióticos que personales. No habiéndose jamás dado el trabajo de ocultar sus sentimientos, los expresó muy alto al llegar á París. Contentos al hallar en él estas disposiciones, le colmaron de caricias y le llevaron á la habitación del rey, que le dispuso la acogida más lisonjera y á quien prometió conducir á Napoleón vencido y prisionero.

Los individuos de la corte pretendieron que hasta había dicho *prisionero en una jaula de hierro*, propósito que, fuese verdadero ó falso, no probaba más que una intemperancia de lenguaje perdonable en un soldado poco acostumbrado á medir sus palabras. El mariscal Ney partió, pues, dando á la corte esperanzas con gran sinceridad, con mucha más de la que ella manifestaba concebir, porque aparentaba creer en su fidelidad más de lo que realmente creía. Sin explicárselo, se figuraban los Borbones el entusiasmo general que iba á despertar en todos los corazones el hombre á quien con sus torpezas habían constituido en el representante de todos los intereses morales y materiales de la revolución francesa.

El conde de Artois, que salió de París en la noche del 5 al 6 de marzo, llegó á Lyon el miércoles 8 y halló los ánimos extraordinariamente agitados. Antes de ahora hemos dado á conocer la situación moral de esta gran ciudad. Un partido poco numeroso pero violento de realistas ciegos había logrado separar de los Borbones á toda la población lionesa, la que por lo demás se había siempre considerado reconocida á Napoleón, porque había procurado reparar sus desgracias y había abierto el continente á su comercio. Un reciente asesinato cometido con un patriota por un realista, asesinato que estaba impune, había llevado á su colmo la exasperación, y al saber que se acercaba á las puertas de la ciu-

dad la columna de la isla de Elba, todo el mundo, á excepción de algunas inteligencias prudentes, experimentó una inmensa alegría. Poco tiempo después, al saberse la noticia de los sucesos de Grenoble, no había la menor duda de lo que ocurriría próximamente en Lyon.

Los realistas se hallaban irritados y consternados, diciendo como en todas partes que no se hacía nada, pero sin indicar, como sus colegas que se quejaban de lo mismo, lo que debía hacerse. El conde Roger de Damas, gobernador de la división, no carecía ciertamente ni de buenos deseos ni de ánimo para llevarlos á cabo, pero no disponía de ninguna fuerza con la que pudiese contar. La milicia nacional, expresión la más fiel de la población, permanecía indiferente cuando menos, excepto la pequeña porción de milicianos de caballería, que como en las demás provincias estaba formada por la nobleza del país. Las tropas de la guarnición consistían en el 24 de línea y el 13 de dragones, acantonados en Lyon, y el 20 de línea, que había llegado de Montbrison; no ocultaban en modo alguno sus sentimientos, y parecían dispuestos á abrir los brazos á Napoleón desde el instante en que se presentase á las puertas de la ciudad. No había ni un solo cañón, y el mariscal Soult había tenido la singular idea de mandarlos pedir á Grenoble, es decir á un distrito de artillería que según todas las probabilidades debía hallarse invadido cuando llegaran á él las órdenes de París. Por lo demás la falta no era grande, porque se necesitaban brazos para manejar los cañones, y no podía contarse mucho más con los brazos de la artillería que con los de la infantería.

En este estado se hallaban las cosas en Lyon cuando llegó el conde de Artois, y no tardó en comprender que el celo honroso pero poco reflexivo que le había conducido allí, no serviría más que para exponerle á un disgusto. Sintió, pues, con extremo la decisión que le había llevado á aquella ciudad, porque sin tener en cuenta los peligros personales que podía correr, iba con su presencia á hacer infinitamente más grave la pérdida sobre poco más ó menos cierta de Lyon.

Según su costumbre, desplegó una gran actividad, prodigó las palabras y las caricias; pero fuera de los que le rodeaban y á los que dominaba con su bondad y su amabilidad, no pudo conquistar á nadie. Necesitaba algunos fondos para dar gratificaciones á las tropas, pero no habiendo sido provistas las cajas del Tesoro en tiempo oportuno, hallaba en todas partes excusas en vez de dinero. Habiendo llegado á Lyon el duque de Orleans veinticuatro horas después que él, consultó con este príncipe respecto de lo más conveniente que podrían hacer.

La cuestión era en Lyon lo que había sido en Grenoble. Enviar tropas contra Napoleón era entregárselas; retroceder con ellas era dejarle libre el campo. Este último partido era en vista de lo expuesto el único que se debía tomar, porque teniéndose por seguro que al cabo de dos días Lyon se hallaría en poder del enemigo, valía más retirarse con las tropas que no proporcionar á Napoleón un refuerzo de algunos miles de hombres. El duque de Orleans empleó todos los medios imaginables en probar al conde de Artois que una retirada era lo más prudente; pero éste, detenido por el pesar que le causaba abandonar una ciudad como Lyon, quiso antes de consumir este sacrificio consultar al mariscal Macdo-

nald, que iba á llegar de un momento á otro para dirigirse á Nimes al lado del duque de Angulema. Este mariscal, cuyo carruaje se rompió en el camino, no llegó á Lyon hasta el 9 por la noche. Conducido á presencia del conde de Artois, que le esperaba con impaciencia y que le ordenó permanecer á su lado porque el camino de Nimes estaba interceptado, el mariscal demostró las mejores disposiciones, pero confió muy poco en el triunfo al oír la reseña que le hicieron de la situación. Sin embargo, no fué partidario de que se evacuase á Lyon antes de verse obligados á ello por los acontecimientos; y propuso que se cortasen los puentes del Ródano si se podía, ó por lo menos que se estableciesen en ellos barricadas; que se pasase revista á las tropas, para hablarlas y procurar inclinarlas en favor de la causa del trono, y que se escogiesen entre los realistas ardientes algunos hombres adictos, que vestidos de soldados disparasen el primer tiro comprometiendo de este modo el combate, lo que acaso decidiría al ejército á resistir á Napoleón. Estas proposiciones apenas ilusionaron á la sagacidad del duque de Orleans, pero no era aquel el momento de disputar sobre los medios cuando tan pocos había de que disponer, y este príncipe no hizo la menor objeción. El conde de Artois, á falta de otras mejores, aceptó las proposiciones del mariscal, le encargó que diese las órdenes necesarias, y se retiró á descansar un poco para prepararse á los sucesos del día siguiente. Con efecto, el día siguiente 10 era el en que, según sus cálculos, debía Napoleón presentarse á las puertas de Lyon.

El mariscal Macdonald pasó la noche en hacer cortar ó parapetar los puentes, conducir los barcos de la orilla izquierda á la orilla derecha del Ródano y en recibir á los jefes de los regimientos, á los que halló dispuestos á cumplir sus deberes, por honor, pero no por gusto, y unánimes en la opinión que habían concebido de las malas disposiciones de sus soldados. Les recomendó que dispensasen al conde de Artois una acogida decorosa, y mientras que se ocupaba en dar estas órdenes, el general Brayer, comandante de Lyon, fué á decirle que de ningún modo debía presentarse el príncipe á las tropas, porque el recibimiento que le harían era demasiado dudoso para aventurarse á él cualquiera que fuese. El mariscal se dirigió sin perder un minuto á casa del conde de Artois, le hizo despertar, no le causó sorpresa al referirle estas tristes noticias, y convinieron en que la revista empezaría sin su asistencia, quedando á pesar de esto en mandarle á llamar si los esfuerzos que se hiciesen alcanzaban algún resultado favorable.

Desde por la mañana, á pesar de que llovía á mares, mandó formar el mariscal los 20 y 24 de línea, como asimismo el 13 de dragones, los que en medio del desorden que reinaba no habían recibido nunca distribución, aumentándose de este modo su actitud hostil con el mal humor de las privaciones. Loshizo formar en círculo á su alrededor, les recordó los veinte años de guerra, durante los cuales había siempre militado en sus filas, la leal conducta que había observado en Fontainebleau, las faltas que habían causado las desgracias de la Francia en 1814 y les anunció mayores desdichas todavía si se entregaba el país á Napoleón, porque se tendría de nuevo por enemiga á la Europa, más unida, más poderosa, más irritada que nunca. El mariscal habló con

razón, con entusiasmo, pero sin éxito. Deseando por último deducir la confusión de su discurso, sacó la espada y con una voz vigorosa gritó *¡Viva el rey!* Ni un solo acento respondió al suyo. Algo desconcertado, quiso probar á ver si la presencia del conde de Artois producía más efecto y le mandó llamar, seguro por otra parte de que en vista de la actitud de las tropas no ocurriría ningún suceso lamentable. El príncipe llegó, mostró á los soldados su rostro amable y simpático y fué recibido por ellos con respeto, pero con una invencible frialdad. Al hallarse delante del 13 de dragones, el mariscal mandó salir de las filas á un viejo subteniente, cuyos cabellos grises y la cruz de la Legión de Honor que llevaba en el pecho atestiguaban sus inmensos servicios. Le habló de sus campañas y después le invitó en presencia del príncipe á que gritase *¡Viva el rey!* El viejo soldado, absorto, permaneció inmóvil y mudo, saludó al conde de Artois y volvió á sus filas sin haber dado el grito que se le pedía.

El príncipe, vivamente afectado, cambió de color; pero no dijo nada y se dirigió hacía su morada dejando al mariscal, quien para hacer una última prueba, rogó á los oficiales que le siguieran á su casa. Acudieron en número de ciento, y sin faltar á los miramientos debidos al militar experimentado que les hablaba, expusieron sus motivos de disgusto con extremada amargura. El mariscal para calmarlos convino con ellos en las torpezas que se habían cometido para con el ejército, les prometió que serían reparadas, pero no pudo convencerlos ni aun presentándoles la perspectiva de un duelo á muerte con la Europa. Los halló sumamente irritados contra la servidumbre del rey y contra los que se llamaban los chuanes, heridos del desdén con que se miraba la Legión de Honor, porque en aquellos mismos momentos el conde Roger de Damas no la usaba; y aunque hallándose en la casi seguridad de que tendrían que sostener una nueva lucha contra la Europa, estaban resueltos á desafiar las probabilidades y á morir todos para renovar el esplendor de la Francia, para purgarla, según decían, de los chuanes, de los austriacos, de los rusos y de los ingleses, á los que confundían en sus dicitos y en sus odios.

Nada podía conseguirse de unos hombres prevenidos desgraciadamente del modo que indicamos. El mariscal se dirigió á casa del conde de Artois, y aun cuando no temiese ningún riesgo para su persona á no ser el de que Napoleón le hiciese prisionero, le comprometió á partir acto continuo en compañía del duque de Orleans. En cuanto á él, se decidió á quedarse para tratar una vez más de trabar el combate y de decidir á las tropas en favor de la restauración contra el imperio.

Después de acompañar á los príncipes hasta su carruaje, se encaminó hacia los puentes del Ródano para ver en qué estado se hallaba la ejecución de sus órdenes. Los puentes, como es fácil pensar, no habían sido cortados, porque la población no lo hubiera consentido; pero lo más notable es que ni siquiera habían sido hechas las barricadas. Respecto de los agitadores realistas que tanto habían contribuido á indisponer la población lionesa con el trono, no hubo ninguno que se ofreciera á ponerse el capote de soldado ni á disparar el primer tiro. El mariscal hizo obstruir los puentes lo mejor que pudo y mandó que se practicase una zanja como para

empezar á fabricar una especie de puente. Mientras que dirigía por sí mismo estas operaciones, un soldado de infantería á quien procuraba estimular le respondió con sangre fría: «¡Vamos, mariscal, vos sois un hombre valiente que habéis pasado vuestra vida en nuestras filas y no en las de los emigrados! Mejor haríais en conducirnos al lado de nuestro emperador que se acerca y que nos recibiría con los brazos abiertos...» No había castigos que imponer, ni observaciones que dirigir á soldados dispuestos de este modo, y el mariscal esperó con una ansiedad cruel la aparición del enemigo, que según le dijeron muchos oficiales enviados para reconocer el campo, se hallaba muy próximo. El viernes 16, á las tres ó las cuatro de la tarde, se aseguraba que Napoleón no estaba lejos del arrabal de la Guillotiere.

Con efecto, Napoleón, á quien dejamos saliendo de Grenoble el 9 á las doce del día, no había perdido el tiempo y se había apresurado á reunirse con las tropas que el día 8 había encaminado hacia Lyon. Viajando en una carretela abierta y no avanzando más que al paso á causa de la afluencia de gente que salía á su encuentro, su marcha desde Grenoble á Lyon, en medio de los campesinos poseedores en su mayor parte de bienes nacionales y deseosos de ver á este hombre extraordinario, fué una especie de triunfo. No se oía por todas partes más que los gritos de *¡viva el emperador!*, *¡abajo los nobles!*, *¡abajo los curas!*, y á cada instante se veía Napoleón obligado á detenerse para escuchar las alocuciones de los alcaldes y para darles respuestas conformes con sus pasiones. Cenó en Rives, durmió en Bourgoin y continuó el 10 su marcha hacia Lyon, adonde esperaba llegar antes de terminarse el día.

Su vanguardia, compuesta de un destacamento del 4.º de húsares, se presentó á las cuatro á la entrada del arrabal de la Guillotiere, donde se hallaba en observación un destacamento del 13 de dragones. Apenas se encontraron estas fuerzas de caballería una enfrente de la otra, fraternizaron al grito de *¡viva el emperador!*, y después recorrieron el arrabal, donde el pueblo los recibió repitiendo el mismo grito. Pueblo y jinetes no tardaron en dirigirse en masa hacia el puente de la Guillotiere. Al oír el ruido que hacía esta multitud, ordenó el mariscal á dos batallones que le siguiesen y se adelantó en dirección del puente mandando á los oficiales que desenvainasen las espadas para conseguir arrastrar á las tropas y hacer que disparasen el primer tiro, en el que cifraba el triunfo de la causa de la monarquía. Mientras que ejecutaba este movimiento se presentaron los húsares del 4.º confundidos con los dragones del 13, y gritando *¡viva el emperador!* provocaron en los soldados de infantería que custodiaban el puente un impulso irresistible. Éstos respondieron con el grito de *¡viva el emperador!* Después echándose sobre las barricadas que se había procurado levantar, trabajaron para destruirlas con la mayor prontitud. Por su parte los húsares y los dragones con la cooperación del pueblo del arrabal los ayudaron, y en algunos minutos desaparecieron los obstáculos y fué allanado el paso. En vista de este espectáculo el mariscal no trató más que de substraerse al celo de sus soldados, que querían conducirlo á presencia de Napoleón y obligarle á reconciliarse con él. Clavando las espuelas en los ijares de su caballo huyó á galope en compañía del general

Digeón y de sus edecanos, y atravesó Lyon con la mayor celeridad seguido de cerca por algunos jinetes, que sin intención de hacerle daño, deseaban apoderarse de su persona para afiliarle á la causa imperial. Pero el mariscal, tan obstinado en el cumplimiento de su deber por honor y porque conocía los verdaderos intereses de la Francia, quería evadirse de una conciliación, que por parte de Napoleón hubiera sido secundada con los más grandes favores. Le persiguieron algunas leguas, y después, como dijeron sus soldados, le dejaron *abandonado á la mala estrella* que se empeñaba en seguir.

En aquellos mismos momentos pasaba en el puente de la Guillotiere una escena muy distinta. Se había allanado el puente lo más pronto posible, y una multitud inmensa compuesta de individuos de la clase media ofendidos por los realistas, de patriotas atormentados desde hacía seis meses á título de revolucionarios, acudió al encuentro de Napoleón, y confundida con las tropas le proclamaban emperador. En cuanto á él, tranquilo y acogiéndolos como un amo que vuelve á entrar en sus dominios, respondió con afectuosos saludos á los testimonios entusiastas que le prodigaban en todas partes.

Fué á apearse del carruaje no á una fonda, como había hecho en Grenoble, sino al palacio del arzobispado, que era para él un palacio de familia. Las autoridades civiles, judiciales y militares se apresuraron á rendirle sus homenajes y sus felicitaciones. Tanto á las unas como á las otras repitió los discursos que había pronunciado en Grenoble, pero entonces con un lenguaje menos popular y más imperial. Les dijo que acudía á salvar los principios y los intereses de la revolución, que habían puesto en peligro los emigrados; á devolver á la Francia su gloria sin devolverla á pesar de esto la guerra, que esperaba poder evitar; que aceptaría los tratados firmados por la Europa y viviría en paz con ella, siempre que no tratase de mezclarse en nuestros asuntos; que los tiempos habían cambiado y la Francia debía contentarse con ser la más gloriosa de las naciones sin pretender dominar á las otras; que tanto en el interior como en el exterior tendría presente los cambios que se habían operado y concedería á la Francia toda la libertad de que era digna y capaz de sostener; que si necesitaba un poder muy amplio cuando abrigaba vastos proyectos de conquista, entonces le bastaba un poder sabiamente limitado para administrar á la Francia, pacífica y dichosa; y concluyó manifestando que no tardaría en llegar á París y que se apresuraría á convocar á la nación para modificar de acuerdo con ella las constituciones del imperio, adaptándolas al nuevo estado de las cosas.

Este lenguaje agradó en Lyon como había agradado en Grenoble, y era de tal punto imposible en aquellos momentos pensar de otra manera, que nadie se preguntó si Napoleón hablaba ó no con sinceridad. Terminadas las recepciones y los discursos, su primer cuidado en Lyon, lo mismo que en Grenoble, fué el de avanzar hacia París sin perder ni una hora. Con este fin resolvió hacer lo que había hecho anteriormente, retener á su lado las tropas que le habían servido de escolta para proporcionarlas un poco de descanso, y enviar delante las que acababan de entregársele y no habían soportado todavía ninguna fatiga, proponiéndose se-

guirlas con las que había conducido desde Grenoble, las que después de un día de reposo podrían volver á ponerse en marcha. Con la guarnición de Lyon reunía ya unos doce mil hombres, sobre poco más ó menos, y un parque de artillería que se completaría cuando pasase por Auxonne. Era dudoso que los Borbones pudiesen oponerle una fuerza semejante, y sobre todo que lograsen decidirla á batirse. Sin embargo, Napoleón no podía encaminar á París la división Brayer, que le había hecho dueño de Lyon, sin verla y hablarla antes, y en consecuencia ordenó para el día siguiente la revista de la milicia nacional y de las tropas. El 11 de marzo pasó revista en la plaza Bellecour, que él había reedificado, á los soldados de la isla de Elba, á los de Grenoble y á los de Lyon, confundidos con la milicia nacional lionesa. La esperanza, por desgracia quimérica, de tener al frente del gobierno á un gran hombre, adicto á la causa de la revolución, aceptando tanto por buen criterio como por necesidad la paz y los principios de una prudente libertad; de reunir por consiguiente la triple ventaja del genio, de la gloria y de un origen popular, todo esto sin guerra y sin despotismo; esta esperanza, decimos, seducía las imaginaciones, y devolvió á Napoleón el corazón de los lioneses, que se había enajenado desde hacía tres años con sus faltas. Pasó al frente de la división Brayer, le dió gracias con dignidad como un general que sabía hablar á los soldados, y la excitó á partir inmediatamente para ir á conquistarle nuevos regimientos y nuevas ciudades.

Al volver al arzobispado se ocupó sin pérdida de tiempo en los cuidados de la administración, cuyos hilos diseminados se esforzaba en reunir á cada paso. El joven Fleury de Chaboulón de vuelta de Nápoles fué inesperadamente á caer á sus pies, embriagado de gozo al ver que había escapado tan milagrosamente de los peligros que le amenazaban por mar y por tierra. Napoleón le acogió con bondad y le agregó acto continuo á su gabinete. En seguida procuró elegir un prefecto para Lyon. Como hemos visto, se disgustó en Grenoble con la precipitada partida de Mr. Fourier; pero calmado con sus explicaciones le envió á decir que acudiera á Lyon á buscarle. Mr. Fourier, incapaz de hacer traición al poder que se levantaba de nuevo, se apresuró á obedecer esta orden. Napoleón le recibió á las mil maravillas, y después, creyendo conveniente y hasta chistoso nombrar prefecto de Lyon al prefecto que había querido prohibirle la entrada en Grenoble, le dió la prefectura del Ródano, la que Mr. Fourier aceptó sin dificultad.

A estas medidas administrativas añadió Napoleón otras más graves. Al llegar á Lyon se consideraba ya como en posesión de la autoridad soberana, y resolvió usar de ella para herir en el corazón á los poderes que se le oponían.

Ordenó la disolución de las dos cámaras de Luis XVIII alegando contra cada una los motivos más á propósito para hacerlas impopulares. Acusó á la de los pares de estar compuesta ó de antiguos senadores del imperio que habían hecho pactos con el enemigo victorioso, ó de emigrados que habían vuelto á entrar en Francia siguiendo al extranjero. Respecto de la cámara de los diputados recordó que habían expirado los poderes de las dos terceras partes de sus miembros, que se había

prestado á las comunicaciones con el enemigo, y por último que había emitido un voto escandaloso y antinacional al aprobar, con pretexto de pagar las deudas del rey, el gasto de una suma de treinta millones para solventar veinte años de guerra civil.

Después de dar estos golpes á las cámaras que entonces funcionaban, era preciso tener mucho cuidado en no despertar en los ánimos la idea del gigantesco despotismo que durante quince años había querido existir por sí solo y decidir por sí los destinos de la Francia. Destruídas las cámaras de la monarquía, Napoleón dictó una medida que debía preparar la formación de las cámaras del imperio. Decretó que todo el cuerpo electoral, reunido al cabo de dos meses en París, asistiría en el Campo de Mayo á la consagración de la emperatriz y del rey de Roma, introduciría en las constituciones imperiales los cambios exigidos por el estado de los ánimos y por la necesidad de una prudente libertad. Esto era una manera indirecta de anunciar, sin prometerla formalmente, la próxima llegada de María Luisa y del rey de Roma, de encomendar al país mismo la formación de las nuevas instituciones que trataba de darle y de fijar al mismo tiempo como base del poder imperial la soberanía de la nación y no el derecho divino invocado por los Borbones.

Napoleón no se limitó á deshacerse de los grandes cuerpos del Estado que constituían el gobierno de los Borbones y á proclamar la formación en un breve plazo de los que debían constituir el suyo; quiso con otras medidas asegurarse la cooperación de los principales funcionarios. Los Borbones habían anunciado la reorganización de la magistratura, y retardando esta reorganización, tenían á los magistrados en una continua inquietud. Napoleón declaró nulas todas las destituciones y nombramientos hechos desde abril de 1814 y ordenó á los antiguos magistrados imperiales que volvieran á ocupar inmediatamente sus puestos.

Esto era conquistarse con un rasgo de pluma á toda la magistratura. No prescribió nada respecto de los prefectos y subprefectos, que en su mayor parte eran los del imperio que habían continuado al servicio de la restauración, sobre los que era imposible tomar acuerdos desde lejos, y los que en gran número recobraría cuando estuvieran en el caso de manifestar su elección. A estas medidas, que la política justificaba, añadió Napoleón otras menos perdonables, destinadas unas á satisfacer las pasiones del partido revolucionario y militar, las otras á atraerse ó á contener á ciertos enemigos de gran importancia intimidándolos sin castigarlos. Decretó que los emigrados que habían vuelto á Francia sin autorización regular, anterior á 1814, evacuasen el territorio, y que los que de entre ellos habían conseguido grados militares entregasen las charreteras y abandonar inmediatamente las filas del ejército. Esta medida demasiado rigurosa pero inevitable, porque si no se hubiera anticipado á dictarla, los soldados hubieran expulsado violentamente á los oficiales emigrados que se habían introducido en sus filas, fué obscurecida por otra que no tenía en su favor la excusa de la necesidad, y que por la notoriedad de las personas á quienes alcanzaba, debía producir un efecto deplorable. Napoleón estaba disgustado con Mr. de Talleyrand, con Mr. de Dalberg, con Mr. de Vitrolles, con Marmont, con Augereau, etc.,

quienes habían los unos llamado al enemigo, los otros tratado con él. En consecuencia de esto, redactó un decreto ordenando que fuesen juzgados, y desde luego secuestrados sus bienes á Mr. de Talleyrand, Mr. de Dalberg, Mr. de Vitrolles, Mr. Lynch, alcalde corregidor de Burdeos, y los mariscales Marmont y Augereau, so pretexto de que todos indistintamente habían estado en connivencia con los invasores del territorio.

Como la mayor parte se hallaban ausentes, y los otros no podían tardar en ausentarse, esto era una amenaza que sólo debía alcanzar á sus bienes, y que podía perder toda su fuerza si estos personajes se adherían á su causa. Con todo, aunque esta idea presidiese, la amenaza no por eso dejaba de ser de parte de Napoleón un acto de reacción violenta que contrastaba con la clemencia prometida en sus proclamas y que podía perjudicar más á su causa alarmando los ánimos que á los ausentes, amenazándoles como hemos dicho sin castigarlos. El gran mariscal Bertrand, investido con la calidad de mayor general, debía refrendar estos decretos, promulgados militarmente en cierto modo. El carácter generoso del gran mariscal rechazaba esta clase de medidas y se opuso á ellas con energía. Sostuvo que bastaría para destruir la confianza que se tenía en las promesas de Napoleón y para proporcionar á sus enemigos la ocasión de decir que volvía á Francia lleno de resentimientos, y con sus hábitos despóticos más arraigados que nunca. Napoleón respondió al gran mariscal que no entendía nada de política, que la clemencia no producía sus efectos sino acompañada de cierta dosis de severidad, sobre todo para con los enemigos peligrosos y para con algunos implacables; que en realidad no quería ser riguroso habiéndolo probado al nombrar prefecto de Lyon á Mr. Fourier que tan á las claras se había mostrado en contra suya; que era preciso no confundir á los que habían estado en connivencia con el enemigo mientras que los buenos franceses vertían su sangre en la frontera; que aquella apariencia de severidad agradaba muchísimo á todos los que formaban su partido en Francia; y que por lo demás, lo repetía, quería intimidar, no castigar, hallándose dispuesto á abrir los brazos á cualquiera que manifestase la intención de reconciliarse con él. Sin embargo, Napoleón cedió á las observaciones del gran mariscal, que le decía que era preciso no poner obstáculos á la reconciliación, y que en vez de atraerse á los hombres de quienes se trataba, los alejaría amenazándolos. El decreto fué, pues, no destruido, sino aplazado.

Antes de salir de Lyon escribió de nuevo Napoleón á María Luisa, dándole á conocer el progreso de su marcha, anunciándole que entraría triunfalmente en París el 20 de marzo, aniversario del nacimiento del rey de Roma, y apremiándole á volver á Francia. Envió un mensaje á su hermano José, que se hallaba en el cantón de Vaud, para encargarle que dirigiese á Viena la carta escrita á María Luisa, al mismo tiempo que para informarle de sus prodigiosos triunfos y para autorizarle á declarar oficialmente á todos los ministros de las potencias extranjeras residentes en Suiza la intención formal que tenía de mantener la paz con arreglo á las condiciones del tratado de París.

Habiendo despachado todos sus asuntos resolvió abandonar á Lyon el 13 de marzo por la mañana des-

pués de haber permanecido en esta ciudad el 11 y el 12, es decir, el tiempo absolutamente indispensable para reunir á las tropas que sucesivamente llegaban de Grenoble, para darlas un día de descanso y ordenarlas que siguieran á la división Brayer, partida de Lyon el día 11. Su proyecto era el de escoger entre los dos caminos que conducían de Lyon á París el de la Borgoña, mucho más seguro á causa del espíritu de sus habitantes.

Todo presagiaba á Napoleón en el resto de su viaje un éxito tan pronto y tan completo como el que había obtenido en La Mure y en Lyon. Sin embargo, no dejaban de moverse á sus espaldas y á sus flancos sus enemigos. Con efecto, los marseleses al saber su desembarco habían experimentado una irritación indecible. Creían que cerraría de nuevo su puerto, que su miseria duraría todavía muchos años, y todos á una querían armarse contra el hombre á quien llamaban *el bandido de la isla de Elba*. El mariscal Massena, destinado, á pesar de su gloria, á sufrir las injusticias de las dos dinastías, no debía más á Napoleón que á Luis XVIII. Disgustado de todo, excepto del descanso, juzgaba la situación desde la altura de su extraordinario buen criterio y de su sincero patriotismo. Adicto con toda su alma á la revolución, pero temiendo una nueva lucha con Europa, veía en Luis XVIII la contrarrevolución, en Napoleón la guerra, y no sentía inclinación hacia uno ni hacia otro.

En este estado miraba con pesar más bien que con placer la tentativa de su antiguo emperador y estaba decidido á encerrarse en la rigurosa observancia de sus deberes militares. Cediendo á la petición de los marseleses dejó partir á mil doscientos ó mil quinientos hombres escoltados por dos regimientos de infantería cuyos soldados llevaban la escarapela tricolor oculta en sus mochilas. Esta columna se dirigió hacia Grenoble para cortar la retirada á Napoleón, y ciertamente no podía hacerle daño, porque se hallaba á más de cien leguas de distancia de él. Massena había además tomado sus precauciones en Tolón, para que en medio del delirio de los partidos no se entregase esta importante plaza á los ingleses, y se había reservado algunas fuerzas en Marsella para no quedar á merced de un populacho furioso.

En Nimes comenzaban á reunirse algunas tropas de línea al frente de las cuales debía ponerse el duque de Angulema; pero tampoco estas fuerzas, aunque situadas á la retaguardia de Napoleón, eran de temer, porque estaban á bastante distancia. Lo más grave hasta entonces era el movimiento del mariscal Ney, enviado al Franco Condado y destinado á dirigirse por Besanzón y Lons-le-Saulnier al flanco de Napoleón. Ney podía alcanzar al ejército imperial, pero era muy difícil que reuniese más de seis mil hombres, los que de todos modos se batirían con disgusto, ó no se batirían contra los doce ó quince mil de Napoleón, llenos de entusiasmo y dispuestos á pasar por encima de cualquiera que tratase de oponerse á su marcha. Este último peligro no era muy alarmante, pero hubiera disgustado muchísimo á Napoleón la necesidad de trabar una lucha, porque abrigaba la pretensión y la esperanza de llegar á París sin que se derramase una sola gota de sangre. Con este motivo procuraba evitar toda clase de conflictos; pero estaba decidido á no escribir al mariscal Ney ni á ningún otro,

deseando deber su triunfo exclusivamente á sus soldados, á los que no temía mostrarse agradecido, y no á los jefes militares, de los que no había quedado contento en la época de su caída y de los que no quería recibir condiciones. Sin embargo, el gran mariscal Bertrand no empleó la misma reserva. Escribió á Ney para describirle la marcha triunfal que habían hecho desde Cannas á Lyon, para anunciarle su continuación hasta París, y para probarle la gravedad de la resolución que iba á tomar, el peligro que corría, y su inutilidad para los Borbones, si su resolución era contraria á la causa imperial; al mismo tiempo encargó á algunos viejos subtenientes de la isla de Elba que se reunieran al cuerpo de Ney, que hablasen con los soldados, y que les comunicasen el fuego que ardía en el corazón de todos. Por lo demás era probable que cuando Ney estuviese en disposición de operar, hubieran ya dejado atrás á Macón y á Chalons, únicos puntos en los que podían ser atacados de flanco. Napoleón salió de Lyon el 13 por la mañana anunciando á todo el mundo que llegaría á París el 20; y era muy verosímil que la rapidez de su águila *volando de campanario en campanario*, como había dicho, no fuese menos grande desde Lyon á París que había sido desde Cannas hasta Lyon.

Al internarse en la Borgoña Napoleón iba á encontrar poblaciones animadas en su más alto grado del espíritu que había asegurado su triunfo en la primera parte de su expedición. Las comarcas situadas en las orillas del Saona habían prosperado singularmente durante el imperio, porque como entonces las comunicaciones fluviales reemplazaban á las marítimas, el Saona había llegado á ser la vía del comercio continental. Además de esta circunstancia, la presencia del enemigo, tan mal combatido en 1814 por Augereau, había exasperado á los habitantes sumamente patriotas como todos los de las provincias fronterizas. Las imprudencias de la nobleza y del clero habían hecho lo demás, y el Franco-Condado y la Borgoña se hallaban tan dispuestos como el Delfinado á abrir sus brazos á Napoleón.

Las ciudades de Macón y de Chalons, sobre todo al saber la noticia de los sucesos de Lyon y de Grenoble, experimentaron un verdadero delirio. Napoleón se detuvo algunos instantes en Villafranca y fué por la noche á dormir á Macón, marchando en medio de una afluencia y de un entusiasmo extraordinarios. Al tener noticia de su próxima llegada, los habitantes de Macón invadieron la morada de las autoridades y operaron por sí solos la revolución, siendo tanta la agitación de los ánimos que la proximidad de Napoleón producía lo que algunos días antes sólo su presencia hubiera podido realzar. Fué recibido en Macón con transportes de alegría inusitados, y el pueblo corrió á confundirse con las tropas que abandonaban á sus jefes ó se hacían seguir de ellos. ¡*Abajo los nobles!*, ¡*abajo los curas!*, ¡*abajo los Borbones!*, ¡*viva el emperador!* eran los gritos de aquella multitud compuesta de aldeanos, de soldados, de marineros del Saona, y animada por todos los sentimientos nacionales y revolucionarios que los Borbones habían tenido la imprudencia de menoscabar.

Napoleón recibió á las autoridades municipales, habló familiarmente con los habitantes que le dirigieron la palabra, les explicó la causa que le había movido á salir de la isla de Elba en términos sobre poco más ó menos

semejantes á los que había empleado en Lyon y en Grenoble; les mencionó la paz, la libertad, y los dejó encantados con aquella sencillez, con aquella naturalidad en medio de la grandeza, de que sabía tan hábilmente servirse cuando quería tomarse el trabajo de hacerlo. Preguntó á uno de los oficiales municipales por qué razón, mientras que en Chalons se habían defendido tan bien contra los austriacos, les habían opuesto tan poca resistencia en Macón, donde los sentimientos y el valor eran los mismos. «Vos tuvisteis la culpa, le respondió sencillamente el maconés. Nos habíais dado malas autoridades, nos habíais dejado sin armas y sin jefes y nada podíamos hacer con solo nuestros brazos.» El emperador se sonrió y le dijo: «Es prueba, amigo mío, que todos hemos cometido faltas, pero es preciso no empezar á cometerlas de nuevo. En lo sucesivo no nos fiaremos más que de los verdaderos patriotas y no iremos á buscar á los extranjeros á sus dominios, pero si vienen al nuestro, los recibiremos de modo que se les quite la gana de volver.»

Después de haber escuchado y dicho muchas palabras en compañía de aquellas buenas gentes, se retiró á descansar, proponiéndose continuar al día siguiente su marcha hacia Chalons.

Napoleón iba á hallarse en el segundo instante decisivo de su empresa, esto es, en el encuentro posible del mariscal Ney. No temía precisamente este instante, porque había ya afiliado á su causa más de la mitad de las tropas concentradas por los Borbones en el Este de la Francia, es decir, de doce á quince mil hombres; y según todas sus noticias apenas podría el mariscal reunir seis mil soldados, enteramente sofocados en medio de una población adicta al imperio y á la revolución; pero con todo, era imposible prever lo que podría hacer la mala cabeza del mariscal, como decía Napoleón, y hubiera sentido mucho una colisión, cuyo resultado no era dudoso, y cuyo éxito hubiera menguado el prestigio de aquella conquista pacífica de la Francia realizada sin ninguna efusión de sangre. El gran mariscal Bertrand, como hemos dicho, había escrito al mariscal Ney en su propio nombre y para inspirarle serias reflexiones. En cuanto á Napoleón, se había contentado con las órdenes del movimiento que debía hacer, concebidas como si Ney no hubiese cesado de estar bajo su mando, y prescribiéndole que dirigiese sus tropas á Autún y Auxerre, en donde esperaba verle. Por lo demás, se hallaba cerca del mariscal, porque, según decían, había llegado á Lons-le-Saulnier, y si algunos hombres prudentes estaban inquietos, el pueblo consideraba á Ney y á sus soldados tan conquistados como todos los que Napoleón había hallado desde La Mure á Macón.

Con efecto, se acercaba el instante en que iba á tener lugar una de las escenas más extrañas de nuestra larga y prodigiosa revolución. El mariscal Ney, completamente ajeno á los proyectos de los generales Lallemand y Lefebvre-Desnoettes, incomodado desde hacía mucho tiempo con el mariscal Davout, convencido de que Napoleón le guardaba rencor por la conducta que había observado en Fontainebleau, y careciendo por consiguiente de toda afinidad con los bonapartistas, había visto desaparecer su mal humor contra los Borbones al saber el desembarco que se había operado en el golfo Juan, y con su natural criterio consideraba este suceso